



**LIDERAZGO EN LA ESCENA MUNDIAL:  
UNA VISIÓN DESDE ESPAÑA**

**Guayaquil, 23 de junio de 2005**

Es para mí un honor poder estar este día con todos ustedes, invitado por la Cámara de Comercio de Guayaquil, institución admirable y ejemplar por tantos aspectos y que cumple nada más y nada menos que 116 años. Siento una gran satisfacción al poder departir hoy con todos ustedes, los empresarios afiliados a esta importante institución, y les agradezco mucho esta invitación.

Ustedes saben que uno de los más graves insultos políticos en Europa es acusar a alguien de ser partidario de *la Europa de los mercaderes*. Se supone que quienes dicen esa expresión están pensando en algún tipo de Europa, probablemente sin mercado, pero con mucha burocracia y mucha reglamentación. Yo, que creo firmemente en el futuro del proyecto europeo, sin embargo no tengo nada en contra de los mercaderes. Al contrario. Siempre he tenido muy presente que si los primeros filósofos fueron viajeros, los primeros viajeros fueron mercaderes. Y es que el comercio, el intercambio de bienes y servicios, la inquietud por conocer lo que está más allá está en la base misma de nuestra civilización. Por eso siento una especial satisfacción al estar en esta ciudad abierta al mundo y al comercio, pujante y emprendedora como es Guayaquil. Y hacerlo en una institución como la Cámara de Comercio, con más de un siglo de historia y mucho más futuro por delante es un honor añadido. Harían bien algunos responsables políticos en escuchar a los emprendedores, a los comerciantes, a quienes tienen el coraje y la visión de crear riqueza y oportunidades. Algo que siempre procuré hacer a lo largo de mi vida política, a la que di conclusión voluntariamente hace poco más de un año, tras dos períodos de

cuatro años como Presidente del Gobierno de España. Por eso estoy convencido de que voy a aprender mucho de ustedes en esta velada.

Su amable invitación de hoy tiene por objeto compartir con ustedes algunas reflexiones sobre el “liderazgo en la escena mundial”. Un asunto fácil, para empezar... Pero no me rendiré. Y voy a seguir ese consejo que dice que para ser verdaderamente universal lo que hay que hacer es hablar de tu pueblo. Por eso voy a hablar, si ustedes me lo permiten, de lo que conozco más de cerca, de mi pueblo, de mi experiencia de gobierno en España. Y también de lo que nos une, por encima de la distancia y del océano, que no es otra cosa que la realidad iberoamericana. Me gustaría compartir con ustedes algunas reflexiones sobre la situación de hoy en Iberoamérica y los retos, pero sobre todo las oportunidades, que existen en el futuro.

Lo haré desde mi perspectiva de español que ha dedicado una buena parte de su vida a la acción política, intentando desarrollar un proyecto de España. Y en ese proyecto el papel de España en el mundo y su relación con Iberoamérica ocuparon una parte central.

Lo primero que me gustaría decirles es que no creo en el determinismo histórico. En esto también Carlos Marx se equivocó. Posiblemente esa fue una de las razones fundamentales que me llevaron a dedicarme a la política. Los países y las sociedades no están condenados a tener éxito o a fracasar. No hay personas condenadas a vivir en sistemas sin libertad o que no respeten los

derechos fundamentales y mientras otras, por el hecho de haber nacido en el lugar adecuado, pueden disfrutar de todos sus derechos. Tampoco hay ninguna ley inexorable que condene a algunas sociedades a la pobreza y la exclusión.

Y este convencimiento íntimo nace de mi propia experiencia como español. Porque muchos en mi país, cuando yo era joven, quiero decir cuando era *más* joven, argumentaban que España estaba condenada a ser un país atrasado y de segunda fila en el concierto de las naciones. Que no podía vivir en un régimen de libertades y democrático estable. Que jamás podría ser un país desarrollado y con una economía pujante. Que era imposible homologarnos a las democracias europeas. Que España no podía, en definitiva, ser un país normal.

Pues bien, por fortuna los españoles decidimos que no estábamos condenados a vivir de acuerdo con el tópico que nos atribuían otros, o incluso nosotros mismos. Decidimos entre todos ser una democracia normal y una sociedad avanzada. Hicimos valer nuestro derecho a vivir en libertad y con estabilidad. Teníamos una rica tradición histórica que nos podía servir de referencia. Aprovechamos nuestra oportunidad y pactamos un gran acuerdo de convivencia, dejando atrás las disputas que nos dividieron en el pasado. Ese acuerdo se concretó en la Constitución de 1978, que ha funcionado con notable éxito y que es la base del éxito de España durante los últimos treinta años.

España también tomó en ese momento, en la transición, las grandes decisiones estratégicas sobre dónde quería estar en el mundo. En un mundo que se dividía entre las naciones libres y las naciones oprimidas por la tiranía comunista, los españoles decidimos estar del lado de la libertad y de la democracia. Quisimos formar parte de la alianza que defendía un modelo de sociedad basado en las libertades y estaba dispuesta a hacer frente a la amenaza del expansionismo soviético.

También quisimos estar en Europa, en la Europa de la democracia y de los derechos humanos; en la Europa de la libertad de mercado y la libre circulación de personas, bienes y capitales. En la *Europa de los mercaderes*, si ustedes me permiten la expresión, que era también la de la libertad, la democracia y el progreso.

Y eso es lo que supuso nuestro ingreso primero en el Consejo de Europa y después en la entonces Comunidad Europea.

También quisimos los españoles ser fieles a nuestra tradición atlántica. No se puede entender la historia de España, y por lo tanto no se puede diseñar su futuro, al margen de esa vocación atlántica. Por eso trabajó España para dar forma política a la Comunidad Iberoamericana de Naciones. Fue un proyecto político acertado, en el que el papel de todos los países iberoamericanos ha sido y es fundamental.

Algunas de las naciones que forman parte de nuestra Comunidad acababan de salir de periodos trágicos de enfrentamiento civil o de

dictaduras. Los españoles estábamos seguros de compartir con el resto de las naciones iberoamericanas no sólo una historia o una lengua común, sino una misma herencia de valores. A los pueblos de Iberoamérica nos unía el mismo afán de democracia, una misma ansia de libertad, un deseo de reconocimiento y respeto a los derechos de la persona, de igualdad entre hombres y mujeres. Esas eran y siguen siendo las raíces más profundas de una comunidad que habla en español y portugués, que está unida por valores comunes dentro del mundo occidental.

También quiso España tener una relación rica y fecunda con los Estados Unidos, la democracia más importante del planeta. Y esa relación se forjó y se fue incrementando poco a poco a lo largo de los años, ampliando el ámbito de la relación bilateral desde las cuestiones de defensa, a la política, la economía o la cultura.

Y esas fueron las referencias fundamentales de España, los anclajes exteriores a los que los españoles quisimos fijarnos en la Transición. En definitiva, decidimos ser parte activa del mundo occidental. Un mundo basado en la democracia y el Estado de Derecho, en el libre mercado y en la asunción de un papel positivo en las cuestiones internacionales, empezando por las responsabilidades en la seguridad de todos. Un mundo donde la igualdad de los ciudadanos ante la ley es uno de sus fundamentos, junto a las instituciones democráticas diseñadas para defender los derechos de las personas.

Y, con toda modestia, creo que los españoles podemos decir que nos fue bien. España disfrutó de libertad y consolidó su democracia. España progresó económicamente. Algo, conviene recordarlo, que tampoco es inevitable ni está garantizado por los siglos de los siglos. Porque las naciones, como las personas, pueden dilapidar su patrimonio.

Pero España no era todavía una nación a la altura de su ambición. Cuando tuve el honor de llegar a la presidencia del Gobierno de mi país, tenía el proyecto de hacer de España una de la mejores democracias del mundo. Y para eso había que devolver la confianza a la sociedad. Y nos pusimos manos a la obra.

España tenía en aquel momento un déficit en las cuentas públicas de más del 6% del Producto Interior Bruto. Parecía una maldición bíblica el hecho de que los gobernantes españoles tuvieran que gastar por encima de lo que ingresaban. Muchos eran los que justificaban este dislate como algo inevitable. El peso excesivo del sector público en la economía y la falta de rigor en el control de las cuentas públicas habían ahogado la creatividad y el dinamismo de la sociedad española y le habían obligado a convivir con tasas altas de inflación y de paro.

Nuestra economía no desplegaba todo su potencial, la competitividad de nuestras empresas se resentía, el ahorro de los ciudadanos se penalizaba. En ese entorno España no podía crecer con equilibrio y estabilidad.

En España, un país de poco menos de 40 millones de habitantes en esa época, no habían trabajado nunca más de 13 millones de personas. Algunos decían que esa cifra era un techo y que había que ponerse seriamente a repartir el trabajo. A repartirlo, en vez de a crear más empleo. Eso, como se demostró a los pocos meses de un gobierno que confiaba en la sociedad, tampoco era una ley inexorable de la Historia.

El sector público ocupaba en 1995 una gran parte de la riqueza nacional, casi el 50 por ciento del Producto Interior Bruto, y la intervención y el dirigismo eran excesivos en la economía española.

Cuando llegué al gobierno, el equipo que presidía tenía muy claro cuáles eran las reformas necesarias. Teníamos la determinación de llevar adelante una agenda reformista y liberalizadora, de acuerdo con los agentes sociales, empresarios y sindicatos. Queríamos hacer reformas con paz social, con estabilidad política, pero teniendo claros cuáles eran nuestros objetivos. Y los resultados se empezaron a ver muy pronto. Porque cuando uno confía en la sociedad, en la iniciativa de las personas, descubre que la sociedad y las personas responden.

En apenas año y medio el déficit público paso a ser de menos del 3 % del Producto Interior Bruto. Una bajada de más de tres puntos en apenas 18 meses. Eso nos permitió ingresar en el euro, un gran proyecto europeo, a su debido tiempo y cumpliendo todos los requisitos necesarios. Por primera vez España llegaba a tiempo a una gran cita europea.

El empleo empezó a crecer. En 1996 el paro superaba en España el 22% de la población activa, y había llegado al 25%. Las personas que cotizaban a la Seguridad Social no llegaban a los 13 millones. Cuando dejé el gobierno, ocho años más tarde, la tasa de paro se situaba por debajo del 11% y se habían creado cinco millones de empleos, la mitad de todo el empleo creado en Europa en ese período. Las cuentas públicas estaban equilibradas y la inflación era similar a la de los países de nuestro entorno. Al terminar el año 2004 España tenía menos paro que Alemania. Quién lo iba a decir ocho años antes...

Y no fueron el gobierno o las administraciones públicas quienes crearon todos esos puestos de trabajo. Al contrario, el peso del gasto público disminuyó 10 puntos en el conjunto de la economía, pasando a estar por debajo del 40 %. Era la sociedad española, liberada de trabas innecesarias y con una nueva apertura al exterior, la que mostraba su potencial de crecimiento. Los españoles recuperaron la confianza en sí mismos y demostraron que no estaban condenados a ser un país con alta inflación, nula creación de empleo neto e incapaz de converger económicamente con los países más avanzados de Europa.

Las tasas de crecimiento superaron en todos los años de gobierno a la media de la Unión Europea por más de un punto, dos en algunos años. Por primera vez desde 1975 nos acercábamos al nivel de vida y de renta de los europeos, en vez de permanecer estancados.

Empezamos a caminar con decisión por el camino de la convergencia real con Europa.

En 1975, al terminar la dictadura del general Franco, la renta per cápita de España era alrededor del 75% de la renta europea. En 1996, la renta media de España seguía siendo el 75% de la renta europea. En 2004, al dejar el gobierno, la renta de los españoles superaba el 95 % de la renta de una Europa a 25.

En 1996 apenas había empresas españolas con presencia significativa en el exterior. Ocho años después, España se había convertido en uno de los mayores inversores del mundo en el exterior, y continuaba siendo de los mayores receptores de capitales. Hoy España es el quinto inversor mundial y el segundo en Iberoamérica. Una parte esencial de ese esfuerzo inversor tuvo como destino los países de Iberoamérica. El ahorro de los españoles se dirigió hacia países iberoamericanos en sectores como la banca, las telecomunicaciones, la energía o las infraestructuras. Sectores donde el compromiso es a largo plazo, donde la inversión es estratégica. España apostaba por Iberoamérica y entrelazaba su futuro con el destino de esta región. ¿Cómo? Creando riqueza y empleo también en Iberoamérica.

Algunas voces se han alzado hablando de una nueva invasión. Yo no puedo estar de acuerdo. Pienso, más bien, que con esos argumentos lo que se quiere es defender el viejo proteccionismo. Esas voces, por cierto, empiezan a oírse ahora también en España. Lo importante no es la nacionalidad de las empresas. Lo importante

es que las empresas sean serias, fiables, que estén bien gestionadas, que creen riqueza y empleo. Y eso beneficia a los países. Así es en el caso de España. Somos el quinto país del mundo en producción de automóviles. Y no hay ni una sola empresa automovilística de capital español. Ni una. Y no creo que a nadie le haya perjudicado esto.

El milagro español se percibía también en el exterior. La gente empezó conocer la bonanza de España. Pasamos de ser un país con un número importante de inmigrantes en el exterior a recibir a miles de personas que buscaban un futuro mejor en nuestro país y dispuestas a contribuir con su trabajo al desarrollo de España. Hoy somos más de 43 millones de personas las que vivimos y trabajamos en España.

Esta noche, en Guayaquil, me gustaría destacar y agradecer la importantísima contribución de miles y miles de ecuatorianos al progreso de España en los últimos años. Son gentes trabajadoras, esforzadas, que se integran con facilidad en la sociedad que les acoge. La inmigración, ordenada por los cauces legales, es uno de los fenómenos que más puede hacer para contribuir al progreso y a la apertura tanto del país de emisión como de acogida. Y cada persona que está dispuesta a buscar un futuro mejor lejos de su patria representa también la esperanza de progreso de ese país, como aprendimos bien en España a lo largo de nuestra historia.

La estabilidad política había traído consigo estabilidad económica, y la confianza había generado riqueza y empleo.

España también asumió más responsabilidades en el terreno internacional, ingresando en la estructura militar de la OTAN, y asumiendo así el papel que le correspondía en la defensa común.

También quise impulsar durante mi gobierno muy especialmente las relaciones atlánticas. Siempre he considerado que Europa, y España en particular, no puede entenderse sin América, sin la relación constante y vital a través del Atlántico, tanto en el Norte como en el Sur. Por eso quisimos reforzar desde mi gobierno la Comunidad Iberoamericana de Naciones y acercarla lo más posible a Europa.

Siempre estaré muy satisfecho de la atención y esfuerzo que mi gobierno prestó a la profundización de las relaciones entre Iberoamérica y Europa. Tuve el privilegio de desempeñar un cierto papel de impulso en la firma del Acuerdo de Asociación de México con la Unión Europea. La intervención de España fue decisiva para la firma del Acuerdo con Chile durante la presidencia española de la Unión Europea en 2002. Y con la misma determinación se impulsaron también bajo mi gobierno otros acuerdos regionales como el del MERCOSUR, Centroamérica y, por supuesto, la región andina. Apoyábamos la integración regional porque creíamos que es un camino que lleva a la apertura y a la liberalización de las economías, un camino que lleva a crecer, a crear empleo y oportunidades para todos.

Y detrás de todo esto está la idea de que Iberoamérica en su conjunto, para tener un futuro mejor, debe abrirse al mundo, en especial a Europa y los Estados Unidos. Nunca he creído que las relaciones internacionales sean un juego de suma cero. La apertura y la integración hemisférica, la integración de este continente en una gran zona económica no debe verse vista con recelo por Europa. Al contrario, pienso que lo que de verdad nos beneficiaría a todos sería la creación de una gran área atlántica económica abierta a toda Europa y a toda América, sobre la base de la máxima libertad económica.

Me parece que la experiencia de España al abrirse históricamente a Europa es una buena prueba de que la apertura al exterior siempre trae avances en los países que la practican. Al contrario, la cerrazón, el aislamiento, con la excusa que sea, un proyecto revolucionario o la defensa de una identidad en peligro (una identidad que termina siendo, con poca sorpresa, el parapeto tras el que se esconden los que se benefician de las economías cerradas y disfrutan de un mercado cautivo) sólo lleva a la resignación y a la falta de oportunidades. No es esa la experiencia de España y no creo que deba ser ese el camino que tome Iberoamérica.

Durante mi gobierno la política hacia Iberoamérica tuvo también una clara dimensión política. Nuestro objetivo principal en las naciones hermanas de este lado del Atlántico no era otro que desear lo mismo que deseamos para nosotros. Una máxima sencilla, que en Europa algunos prefieren olvidar. Quieren ensayar en cabeza ajena los experimentos revolucionarios o los desvaríos

populistas que no quieren para sí mismos. Apoyan a quienes atropellan las libertades fundamentales y alientan regímenes que pisotean los derechos humanos porque añoran el paraíso socialista que fue derribado con el Muro de Berlín, dejando al descubierto su herencia de tiranía, horror y miseria.

Nosotros fuimos más simples. Apoyamos y trabajamos por la consolidación de la libertad y de las instituciones en Iberoamérica, frente a ensoñaciones revolucionarias y tentaciones populistas. Porque creemos en una democracia sólida, con instituciones fuertes que sean eficaces a la hora de defender los derechos y las libertades de todos ciudadanos. Con tribunales de justicia independientes, para que la ley sea igual para todos y se pueda luchar contra la corrupción. Con fuerzas de seguridad que actúen al amparo de la ley y que luchen de verdad contra el delito y contra los desafíos terroristas a los que se enfrentan las naciones del hemisferio. Eso es lo que merecen las naciones de Iberoamérica. Y en ese empeño de consolidar los derechos humanos, la libertad y la institucionalidad democrática siempre podrán contar con mi esfuerzo, con mi apoyo y con mi trabajo, esté donde esté.

Esta identidad iberoamericana no es excluyente. Nos permite ser socios activos de otros proyectos como la Unión Europea o participar en los distintos proyectos de integración que funcionan en este lado del Atlántico.

Llegado a este punto me gustaría recapitular y hacer una reflexión sobre el momento actual de Iberoamérica, los retos y las

oportunidades a las que se enfrenta sobre todo teniendo en cuenta cómo ha cambiado el mundo, en especial tras el 11 de septiembre.

En primer lugar, insisto en que ninguna nación está condenada a no ser libre, a no disfrutar de las libertades básicas, a no tener un gobierno representativo que responda ante los ciudadanos. A no contar con elecciones libres y periódicas. A que todas las personas puedan tener una voz en la conducción de los asuntos públicos. A disfrutar de un sistema legal y judicial que garantice los derechos de todos. A saber que la administración pública está al servicio de los ciudadanos y no al revés. A vivir en un país donde la libertad de prensa y de reunión sean sagradas. Esos son los bienes a los que todo el mundo tiene derecho. En París o en Caracas, en Bagdad o en Berlín, en La Habana o en Kabul. Y desde luego, ese creo que es el camino por el que debe avanzar el Ecuador.

Si volvemos la vista atrás vemos que la evolución de Iberoamérica en el último cuarto de siglo ha sido ciertamente positiva. Pero parece que en los últimos años asistimos a un retroceso. Tan sólo hace unos pocos años habríamos dicho que sólo Cuba era el país de Iberoamérica que no disfrutaba de esos derechos, que sus ciudadanos no vivían en una sociedad libre. Y eso por desgracia sigue siendo cierto. Hoy los cubanos siguen viviendo en un régimen político que no reconoce sus derechos y que mantiene en la opresión y la pobreza a su población.

Sin embargo no es ese hoy el mayor problema de Iberoamérica, con ser una tragedia dolorosa que dura ya demasiado tiempo.

En mi opinión el riesgo hoy de Iberoamérica está en lo que se puede llamar nuevo populismo. Por él entiendo movimientos políticos que reniegan de la democracia y que tienen un claro tinte antiliberal. Hoy el mayor riesgo de Iberoamérica está en la ensoñación de una revolución continental, financiada por los pingües beneficios que da el petróleo, que exporta un credo antiliberal y antidemocrático por todos los países de la región.

Creo que ese es un riesgo para todos. En primer lugar para los propios países que sufren este fenómeno. Porque el populismo, en cualquiera de sus formas, lleva a un retroceso en las libertades. Y la falta de libertad sólo lleva a la pobreza, a la opresión y a la marginación.

Mi segunda reflexión tiene que ver sobre el camino para lograr el desarrollo. Y en esto, como en casi todo en la vida, conviene ser meridianamente claro. No hay atajos para lograr que un país se desarrolle. Y para ello se necesita perseverar en política adecuadas. Fortalecer las instituciones democráticas que constituyen un Estado de Derecho. Hacer de la seguridad jurídica uno de los pilares básicos de la sociedad. Garantizar los derechos civiles y políticos a todos los ciudadanos, con independencia de su sustrato étnico o cultural. Crear un marco de confianza para que los capitales necesarios acudan a invertir en el país. Abrirse sin temor al exterior. No hay futuro posible aislado del mundo. Todo este proceso tiene que durar décadas. La perseverancia en los acuerdos esenciales de una nación, tanto políticos como económicos, es

esencial en este sentido. El progreso vendrá de la mano de la estabilidad y de la liberalización continuada en el tiempo.

En esta tarea la labor del mundo desarrollado y de la llamada ayuda oficial al desarrollo es importante sin duda, pero subsidiaria. España era hasta hace bien poco en términos históricos, hasta 1981, un país oficialmente subdesarrollado. Recibíamos ayuda oficial al desarrollo. Pero no fueron esos fondos que recibíamos y que agradecemos profundamente los que lograron el despegue económico de España. Fueron sobre todo la apertura económica, que trajo el capital extranjero, lo que fue capaz de crear desarrollo y riqueza. Y ese empleo y riqueza hizo posible la financiación de servicios sociales básicos, como la sanidad o la educación

Y no quiero dejar de mencionar uno de los grandes activos que tiene Iberoamérica en el mundo de hoy. Es un bien inmaterial pero que puede ser una fuente de riqueza extraordinaria. Me refiero a la cultura. Nadie discutiría que Iberoamérica es desde el punto de vista cultural una de las grandes potencias mundiales. Nuestros creadores y artistas,elijamos la disciplina que elijamos, desde la literatura al cine, de las artes plásticas a la música, brillan con luz propia y están en la primera división mundial.

A ello podemos añadir la enorme ventaja comparativa de compartir una lengua, hablada por más de cuatrocientos millones de personas y en fase de crecimiento espectacular. Todo ello puede ser un activo económico de primera magnitud. Nosotros no necesitamos

supuestas excepciones culturales para defender nada. Nuestra cultura goza de vitalidad y está en expansión creativa.

A ello tenemos que añadir las posibilidades que nos brinda el hecho de que cuarenta millones de personas hablen y vivan en español en la mayor potencia económica del planeta, que son los Estados Unidos. El producto bruto que genera esa comunidad es comparable al de países como España o México. Se trata, por tanto de un formidable fenómeno, de importancia creciente en el terreno político, económico social y cultural.

Ahí está una de las razones de una política de cercanía hacia los Estados Unidos, que creo debe ser una política permanente de España y yo aconsejaría que de todos los países iberoamericanos. Sin duda no tiene que ser nuestro objetivo pretender divisiones en la sociedad americana. Al contrario. Sobre la base de unos valores comunes que compartimos, los valores occidentales, podemos aprovechar ese plus de cercanía que da tener a gente que habla nuestro idioma y que siente sus raíces en nuestro universo cultural dentro de los Estados Unidos. La cultura es un gran activo, sobre todo teniendo 40 millones de hispanos en los EE.UU.

¿Y cuáles son los riesgos a los que se enfrenta Iberoamérica?

Para mi el primer peligro es no creer en lo que se puede lograr. Y veo con preocupación que una de las formas de no creer en lo que se puede lograr consiste en intentar buscar atajos donde no los hay. No hay atajos para la democracia y la libertad. El populismo que

vemos resurgir es una búsqueda de atajos. Quienes prometen una vía más rápida, apelando a confusos sueños continentales o a brumosos pasados de base étnica están simplemente socavando la legitimidad de las repúblicas que hoy conforman Iberoamérica. Ese es un camino peligroso.

Algo parecido hemos visto no hace mucho en Europa, donde las ensoñaciones históricas que anteponen supuestos derechos colectivos de origen mítico e incierto se sitúan por encima de los derechos individuales de la persona. Es un camino que en el viejo continente acabó en tragedia. No dejemos que ocurra en Iberoamérica, donde algunos movimientos de corte radical parecen inspirados en el nacionalismo excluyente del viejo continente.

Para ello no hay nada como fortalecer el estado de derecho y las instituciones que las democracias necesitan para sobrevivir: partidos políticos fuertes, con mensajes claros y proyectos solventes. Un poder judicial independiente. Libertad de prensa garantizada. Fuerzas del orden que garanticen el cumplimiento de la ley y seguridad jurídica.

Pero hay más peligros en esta zona del mundo que quisiera evocar. Lamentablemente hay estados que no ejercen su soberanía plenamente sobre todo su territorio, porque está ocupada en algún caso por fuerzas terroristas que han hecho del terror, del narcotráfico y de la extorsión su modo de vida. Ese es un riesgo gravísimo al que toda la comunidad internacional debe hacer frente,

ayudando a los gobiernos legítimos a extender la soberanía democrática efectiva por todo el territorio nacional.

Y en Europa, en algunos países, haríamos bien en denunciar sin posible duda el carácter terrorista de esas organizaciones. Durante demasiado tiempo se ha tenido complacencia con quienes se consideraban buenos revolucionarios y no eran más que delincuentes o terroristas dispuestos a aniquilar las democracias frágiles y acabar con las libertades nacientes. Hay que tener las ideas claras frente al terrorismo, que es igual en Iraq, en España o en Colombia: sólo busca imponer su proyecto totalitario. Defendemos tener claridad moral y determinación para hacerlo frente con todas las armas que nos otorga el estado de derecho, sin atajos pero sin contemplaciones a la hora de aplicar la ley.

Creo que hay que hablar claro a las persona para darles esperanza. Esos riesgos existen hoy en Iberoamérica. El riesgo de buscar una alternativa falaz a una sociedad basada en la democracia, el reconocimiento de los derechos y libertades fundamentales, la economía de mercado y la apertura al exterior. El riesgo de anteponer supuestos derechos colectivos a los derechos individuales.

Pero soy optimista. Si centramos la atención en donde tiene que estar: en el fortalecimiento de las instituciones democráticas; en el apoyo al estado de derecho; en la aplicación de políticas económicas coherentes que busquen la liberalización y la apertura; en el impulso a los procesos de integración económica; creo que el

futuro de Iberoamérica puede ser el que sus gentes merecen. No hay ninguna ley histórica que lo impida. Sólo hace falta ponerse a trabajar y perseverar en la tarea. Estoy convencido de que el Ecuador y los ecuatorianos, tan cercanos y tan querido en España, van a tener éxito en esa tarea.